

Caras y Caretas
2-X-1920

Buenos Aires (R.A.)

6-345

ARTE Y TRABAJO



TIENE siendo desde antaño motivo de nuestras consideraciones la contradicción aparente — y no más que aparente, como casi todas las contradicciones — que hay entre dos pasajes del libro del Gé-

P. R.
MIGUEL
de
UNAMUNO

después de haber creado durante siete días el universo, reposó el día séptimo (c. II, 2) le diremos que no es que descansase por haberse cansado sino que se detuvo a ver su obra para decirse otra vez más que era buena — así, por lo menos, le pareció a El (I, 10, 12, 18, 21, 31) — al modo que un escultor



nesis, y son aquel en que se dice — versillo 15 del capítulo II — que el Señor puso a Adán en el paraíso terrenal para que lo labrase y guardase; poco antes (v. 5) dice el texto que no había hombre para labrarlo, y aquel otro — versillo 17 del capítulo III — en que parece condenarle al trabajo de labrar la tierra.

La solución de esto es sencillísima y viene dada desde muy antiguo, y es que en el primer caso, antes de la caída, se trata de la labor espontánea, alegre, gustosa, de la que es natural expansión de una actividad creadora, y en el segundo caso se trata del verdadero trabajo, en el sentido económico, del esfuerzo penoso enderezado más a ganarse la vida que a gozar de ella. «Maldita será la tierra por amor de ti» — le dice primero Jehová — y luego: «espinas y cardos te producirá». Y en las lenguas trabajo suele ser una palabra emparentada con la de pena.

Y he aquí que leyendo *El Criticón*, aquella complicada obra que a mediados del siglo XVII dió a luz el famosísimo jesuita aragonés Baltasar Gracián, legislador de la agudeza y arte de ingenio y uno de los más peregrinos ingenios españoles y de los más admirados antaño y ogaño fuera de España, nos encontramos en la Crisi VIII: «Las maravillas de Artemia», de su Primera Parte, con un pasaje que aclara singularmente el punto otrora y aquí en cuestión.

Habla Gracián del arte y dice: «Este fué, sin duda, el empleo del hombre en el paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la existencia en aquél para que lo cultivase; esto es, que con el arte aliñasse y puliesse. De suerte que es el artificio gala de lo natural, y realce de su llaneza: obra siempre milagros y si de un páramo puede hacer un paraíso, que no obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura.»

En este pasaje de Gracián vemos lo que propiamente se puede contraponer, o más bien anteponer, al trabajo y es el arte. Con el arte, obra de creación, de poesía, aliñando y puliendo a la naturaleza, que como un bloque de mármol a un escultor entregó Jehová a Adán, con el arte había de solazarse y de re-crearse — es decir, de volverse a crear — el Hombre en el Paraíso. Y ese ejercicio del arte, como el de todo arte creador, poético, no le sería penoso. El Hombre sería un artista, dejado por Dios a su inspiración, y con permiso de poder comer del árbol de la vida (cap. II, versillo 16).

Pero el Hombre no se contentó con ser un puro artista, un poeta, un creador de la tierra que se le dió en dominio, sino que quiso, además, la ciencia. Y se dejó llevar por la serpiente a probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Que es como si un poeta de versos se mete a estudiar filología; un novelista, psicología; un pintor, geometría proyectiva y teoría de los colores, o un músico, acústica y hasta matemáticas. Aunque lo que se metió a estudiar Adán — y de la mano de Eva! — fué ética o sea ciencia del bien y del mal. Y, ¡es claro! paró en lo que paró.

¿Pero es que el arte no es trabajo? ¿es que el ejercicio artístico no es trabajoso o penoso? No; ¡cuando es verdaderamente artístico, no! La creación no es penosa. Y si a esto algún otro hermeneuta, más o menos teólogo, nos dijera que el Señor mismo, Jehová,

luego que acaba su estatua se retira a cierta distancia para contemplarla y satisfacerse de haberla hecho. Esto si la ha hecho por pura inspiración artística, paradisiaca, que si la tiene que hacer con esfuerzo económico, con trabajo, para venderla, como quien ha sido arrojado del paraíso, entonces... Entonces no tiene que ver el escultor si la estatua le parece a él buena sino si le parece así al que se la haya encargado o al que se la haya de comprar. ¡Y aquí viene el trabajo!

La economía política es una ciencia — por lo demás, como todas las ciencias — postparadisiaca; nació después de haber sido Adán y Eva arrojados del paraíso y el primer tratadista de esa ciencia debió de ser alguno de los hijos de Caín; aunque otros autores opinan que fué un nieto de Abel. Pero, en fin, la economía política empezó, como había empezado el impuesto en Roma según el profesor Asis, de Coimbra, por no existir. Y con la economía política, sobre todo después de aquel clérigo anglicano que fué Roberto Tomás Malthus, vino la llamada concepción materialista de la historia que quiere que los valores todos culturales hayan salido del estómago y de su hambre.

Pero sé, lectores míos, que vosotros no creéis que hayan salido del hambre ni la *Iliada*, ni la *Venus de Milo*, ni un cuadro de Rafael o de Velázquez, ni el *Quijote*, ni una sinfonia de Beethoven. Y cuando una que parece obra de arte se nos dice que salió del hambre, del estómago, o esto no es así o no es tal obra de arte, ni es bella.

«¿Pero es que Adán antes de la caída no comía?» — se nos dirá. Acaso no tuvo mucho tiempo para comer, entretenido en la gratisima distracción de dar nombres a todas las bestias y aves de los cielos y animales del campo (cap. II, v. 19) que era ocupación, como se ve, de poeta, y en conocer a la mujer que el Señor le sacó de una costilla. ¿Comer? ¿Cualquiera pensaba entonces en eso!...

Pero hoy ¡ay! todo artista y hasta todo artesano tiene que pensar en comer y como el arte paradisiaco, de pura inspiración, no le basta, tiene que dedicarse, poco o mucho, a alguna ciencia, siquiera a la de estudiar a su público. Y aquí entra el trabajo. Porque el que os está haciendo estas consideraciones un tanto bíblicas se ha divertido al hacéroselas y ha puesto en ellas, lectores, no poco de arte paradisiaco, pero como a la vez las cobra, cobra porque se las publiquen, vedle metido en trabajo, ya que con el sudor de su frente ha de mantener a sus hijos.

En cuanto a sudor... ¡sil algo estamos sudando, pero no por el esfuerzo o trabajo de haber tenido que buscar tan eruditas reflexiones — el texto está al alcance de cualquiera — sino por el calor que hoy, 26 de junio, está haciendo.

Otro día os explicaremos como todo eso que los marxistas dicen de la ley férrea del salario y de la lucha de clases y del ejército de reserva y de la concentración de la propiedad y demás ex-lugares comunes — o lugares ex-comunes — socialistas — o ex-socialistas — no rezan con los artistas, que en cuanto artistas no son trabajadores.

DIBUJOS DE MACAYA.



Incluido en
"Inquietudes y
curiosidades"

[Caras y Caretas, Buenos Aires (R.A.) 2-X-1920]



UNIVERSIDAD SALAMANCA

CRÉDITOS USALES